

José María Rivas Groot

Escribe: RAFAEL MAYA

El nombre de este poeta se halla vinculado, principalmente, al recuerdo de su famosa poesía titulada "Las Constelaciones", una de las notas líricas más altas del Parnaso colombiano. Sin embargo la obra de Rivas Groot es copiosa, y abarca los más diversos géneros literarios. Fue poeta, crítico, novelista, autor de cuentos, historiador, polemista católico, tratadista de cuestiones internacionales, etc. Claro está que su obra, en cada uno de estos campos, no es extensa, pues a veces sólo dejó algunas valiosas muestras de su talento en las distintas actividades que ensayó, y otras sólo aparece como cultivador accidental de ciertas disciplinas más o menos ajenas a su carácter. Nos referimos a esta vasta amplitud de sus capacidades para poner de manifiesto la generosa hospitalidad de su inteligencia, y para contradecir a quienes, desconociendo la totalidad de su obra, la reducen a unas novelas cortas y a la poesía ya mencionada. No. Rivas Groot fue un incansable obrero de la pluma. Sobresalió, ante todo, como novelista, después como poeta, y finalmente como historiador. Estas son las tres fases principales de su talento, y las tres caras de esa pirámide bruñida cuyo vértice se orientó siempre hacia la estrella de las supremas esperanzas.

Hijo de don Medardo Rivas y nieto del historiador José Manuel Groot, el autor de "Las Constelaciones" no tuvo más que volver los ojos sobre su propio espíritu para encontrar allí las fuentes de la vocación literaria. Llevaba en la sangre la inclinación hacia las letras, de modo que al comenzar a escribir desde muy joven, no hizo más que seguir esos misteriosos impulsos que suben de la ancestral raíz de la estirpe y cuajan en propósitos firmes y definidos, por medio de los cuales se forja un anillo más en esa cadena de tradición espiritual de una familia. Que Rivas

Groot supo corresponder a los antecedentes intelectuales de su casa es indudable, y por eso su nombre se hombrera con el de su padre y, principalmente, con el de su abuelo, con quien posee mayores nexos de solidaridad espiritual.

Su juventud tuvo la aureola de un capitán que comanda huestes igualmente juveniles, y les enseña derroteros nuevos. Formó en la vanguardia de ese movimiento literario que, en los años finales del siglo XIX, aspiró a renovar fundamentalmente los cánones estéticos hasta entonces imperantes, y en dos prólogos famosos, el de "La Lira Nueva" y el que puso a la "Antología" de Julio Añez, publicadas ambas hacia 1886, sintetizó las aspiraciones del grupo juvenil que hubo de congregarse en esas páginas, y dictó las cláusulas de lo que podríamos llamar nuevo decálogo poético. Fuera de cuestiones de simple forma, el nuevo credo se redujo a ampliar considerablemente el ámbito de la poesía, haciendo entrar en sus dominios las preocupaciones científicas y filosóficas de esos días, y a convertir el verso en arma de las reivindicaciones sociales. Hay en todo esto un eco de Núñez de Arce y de Víctor Hugo, representantes de la poesía llamada entonces militante, en el sentido de la lucha por ciertos ideales humanitarios, lucha que era el primer balbuceo de las reivindicaciones sociales que, después, convertirían el planeta en piélago de sangre. Pero, en ese entonces, las tentativas sólo tenían como instrumento las cuerdas de la lira, y el mundo podía dormir tranquilo, arrullado por la voz vengativa, pero armoniosa, de los poetas.

Como poeta, Rivas Groot fue fiel al programa trazado por él mismo en los prólogos antedichos. Su producción en verso es escasa, y puede reducirse a tres o cuatro poemas de importancia, entre los cuales sobresale, como es natural, "Las Constelaciones". Pero en tan poca materia realizó muchos de los ideales que había proclamado teóricamente, al hablar, con acento de grave entonación, de la misión que el poeta debe desempeñar en la sociedad contemporánea. Rivas Groot no convirtió la estrofa en arma de combate, pero hizo de ella un instrumento de alta especulación filosófica y religiosa, siguiendo en esto las huellas de sus dos maestros predilectos, Lamartine y Víctor Hugo, sobre todo este último. "Las Constelaciones" recuerda, sin exageración, las mejores piezas poéticas de "Las Contemplaciones", sin que haya en esto servil imitación ni mucho menos plagio; pero se advierte allí la lectura frecuente del formidable poeta francés y

la asimilación perfecta de algunos de sus procedimientos artísticos, como el de la antítesis, que Rivas Groot maneja a la perfección. Y aquí es de advertir que no solamente en el verso, sino en la misma prosa sonora, imaginativa y llena de contraposiciones, de los prólogos tantas veces mencionados, se advierte la influencia del autor de "La Leyenda de los Siglos", poeta a quien Rivas Groot, por otra parte, rindió expreso tributo de admiración en el volumen titulado "Víctor Hugo en América", colección de traducciones del gran poeta francés, al que antecede un prólogo del propio autor de la recopilación, escrito con desbordante y juvenil entusiasmo.

Al lado de "Constelaciones" es indispensable colocar la poesía que lleva como título "La Naturaleza", escrita, como la anterior, en versos alejandrinos, y concebida dentro de un plan filosófico análogo. Aquí también plantea el autor hondos problemas relacionados con el destino final del universo y manteniéndose firme en sus conclusiones espiritualistas, las cuales forman como el núcleo central de ambos poemas. No estaría por demás agregar a estas composiciones, otra, de menos trascendencia desde el punto de vista filosófico, pero de más finos quilates estéticos, y es la titulada "Lo que es un nido", poesía en la cual aparece de manera más notoria la huella de Víctor Hugo, pero que Rivas Groot desarrolla con elementos propios en cuanto a la concepción y a la ejecución. Esta poesía, por cierta técnica literaria, recuerda "El viaje de la luz" de Joaquín González Camargo, también discípulo de Hugo, más que de Bécquer, como se ha sostenido.

En fin, Rivas Groot, como poeta, no obstante la parquedad de su obra lírica, puede ser colocado al nivel de Pombo o de Fallón, con la circunstancia de que aventaja a éstos por haber redactado el estatuto poético de la generación que corresponde, más o menos, al año de 1886, de profundas renovaciones en todos los órdenes de la vida social colombiana, y por haber realizado, en parte, ese programa, a tiempo que la mayor parte de los poemas incluidos en las antologías de "La Lira Nueva" y en "El Parnaso Colombiano", o se mantuvieron dentro de los cánones tradicionales, o contradijeron, en su obra, las cláusulas en que encarnaba la revolución, o naufragaron en el olvido, a causa de la endebles de su producción lírica. Hoy se recuerda muy poco a Manuel Medardo Espinosa, a Emilio Antonio Escobar, a Ernesto León Gómez, a Alejandro Vega, a Leonidas, Ale-

jandro y Manuel de Jesús Flórez, a Rubén J. Mosquera, a José María Garavito A., a Julio Añez, a Pedro Vélez Racero, a Nicolás Pinzón W., a José Angel Porras, a Alirio Díaz Guerras, a Miguel Medina y Delgado, a Juan Cancio Tobón, a Francisco Antonio Gutiérrez, etc., que figuran en la primera de las Antologías dichas, como representantes de la falange poética nueva, pero cuyos nombres quedaron totalmente eclipsados por los de Rivas Groot, Ismael Enrique Arciniegas, José J. Casas, Belisario Peña, Diego Uribe, Julio Flórez, Carlos Arturo Torres, José Asunción Silva, únicos poetas que lograron destacarse y pasar a la posteridad de entre esa obscura legión de simpáticos meritorios vates, cuyos versos aparecen en esa recopilación como mariposas muertas. Con la circunstancia curiosa, además, de que solo un poeta, Silva, iba a tener el significado de una bandera de combate, y a realizar una profunda revolución dentro de la lírica castellana. Pero esto no podía preverlo por entonces, Rivas Groot, no obstante la agudeza de su olfato crítico, porque la reforma de Silva hace referencia a cierta escuela que empezaba a lanzar sus primeros reflejos sobre el panorama de la lírica hispanoamericana, o sea el modernismo, y Rivas Groot, capitán de los ejércitos románticos, apenas representaba la reacción de la poesía de contenido social y humanitario, científico y filosófico, estilo Núñez de Arce, frente al seudo clasicismo que había dominado en buena parte del siglo XIX, o frente a la agnía de la escuela romántica, que expiraba rodeada de falsas ternuras y de amores melodramáticos. De allí que Rivas Groot dijese: "no más versos eróticos", y reclamase para la lírica un tono más viril, de acuerdo con la época, orgullosa de los adelantos científicos.

Muchos de los poetas que dejamos mencionados figuran también en la colección de Añez, pero aquí sucede cosa análoga a lo que hemos hecho notar cuando tratamos de "La Lira Nueva". Hay en el "Parnaso Colombiano" poetas como Clodomiro Castilla, Eusebio Esguerra, Tomás Martín Feuillet, Juan S. de Narváez, Carlos Sáenz Echeverría, Hermógenes Saravia, Filemón Buitrago, Bernardino Torres Torrente, Juan Ignacio Trujillo, Olegario Valverde, y muchos otros, cuyos nombres pasaron al olvido, posiblemente desde los días de su inclusión en esa Antología; pero con la diferencia de que Añez se propuso dar una muestra general de la poesía colombiana, desde los días de la colonia, con la Madre Castillo, hasta los últimos años del siglo XIX. Pero el prólogo de Rivas Groot que antecede a esta bene-

mérita recopilación, tiene acentos de clarín que llama a la re-friega. Léase, si no, este párrafo:

“Lleve el poeta en los labios el gemido para las desdichas ajenas, y la imprecación para las maldades ajenas, pronto a proteger y a llorar, como lloraron y protegían los antiguos Cides, los antiguos Orlandos. Detenga a los fuertes que abusan, ampare a los débiles que caen. Sea como extraño gladiador que entra en la liza, y desdeñando la vocería de los espectadores, levanta a los esclavos en la arena y mata a los leones en el circo. Sin esquivar la contienda ni flaquear en ella, clamará por la paz para los buenos. El verdadero poeta, terrible y sonriente, halla la armonía de la naturaleza física, guerreadora y fecunda, con la naturaleza moral, fecunda y apacible. Acepta la viril lucha con la primera, como necesaria para la selección de las razas; pero reclama el apaciguamiento de la segunda, como indispensable para la selección de las almas. Fortalece su mano en la batalla, y emplea esa misma robusta mano en aventar semillas y en repartir bendiciones. Es como aterradora espada que tiene la forma santa de una cruz en la empuñadura”.

Es todo el “humanitarismo” de Hugo, vertido en cláusulas de arrogancia oratoria.

Con los años, fuese templando ese fervor de Rivas Groot por el autor de “Los Miserables”, se recobró a sí mismo, y entonces produjo páginas tan densas y mesuradas como sus prólogos a los dos tomos de la “Vida de Jesucristo”, por Monseñor Bougand, como sus discursos en honor de Santa Teresa de Jesús y de don Marcelino Menéndez y Pelayo, como su introducción a la obra “El Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII”, escrita por él mismo en colaboración con Jerónimo Bécquer, como su estudio “El Papa, Arbitro Internacional” y algunas otras páginas de historia y de elocuencia, que revelan ya la madurez del escritor.

Muy distinto es el aspecto que Rivas Groot ofrece como novelista y como autor de cuentos. “Resurrección” su primera novela, en el orden cronológico y en el de la calidad artística, despertó en su época apasionadas discusiones y, de inmediato, se creyó que fuese traducción del francés, a causa del escenario en que se mueven los personajes, del ambiente social que la rodea, y del problema mismo planteado en ella. Nada tiene de colombiano ni de americano esa preciosa narración que más bien pudiera clasificarse como cuento largo. Su tema es casi inexistente,

en el sentido del interés propiamente novelesco. Parece, mejor, un poema escrito en prosa armónica que, en ocasiones, se acerca bastante al verso. Las descripciones son lo mejor de ese libro. Allí campea bizarramente el arte de Rivas Groot, sobre todo en su sentido de la naturaleza, de la que suele darnos sensaciones tan frescas, que semejan grandes brochazos. Todo lo pinta y describe con arte inimitable, en largos y nutridos párrafos, que dejan en la rutina una sensación de frescura y de realidad como sólo puede darse caso semejante en algunas páginas de Pierre Loti, uno de los autores favoritos de Rivas Groot, ya que la comparación con Chateaubriand sería inexacta, pues el arte de "Resurrección" es más fino y delicado que el de "Atala", en lo que se refiere a la técnica estilística, y se aproxima mucho más al de aquel fascinante narrador de tristezas exóticas y de voluptuosidades cosmopolitas, que fue el autor de "Mi hermano Ives".

Hay en "Resurrección" algunos atisbos psicológicos, personajes "fin de siglo", que se hastían elegantemente en los casinos, abates inteligentes y artistas refinados y siempre insatisfechos, todo muy propio de esa novela europea que corresponde a los años finales de la pasada centuria, y que supo reunir todas las exquisiteces del estilo a todos los refinamientos del estilo. Hay bastante analogía, y es esta una consideración incidental, entre la novela de Silva "Sobremesa", y esta de Rivas Groot, claro está que no en cuanto al fondo, sino en lo concerniente a la mórbida concepción del estilo, cargado hasta el exceso de sugerencias, recamado de imágenes preciosas, ondulante y conciso al mismo tiempo, como que pretendía robarle sus secretos por igual a la pintura y a la música. Hay párrafos de "Resurrección", que se van desenvolviendo como tapices historiados, o como concierto de flautas y de violines a la sombra de un palacio de mármol, edificado a la orilla del agua.

Por la tesis que plantea la novela de Rivas Groot puede decirse que pertenece a esa tendencia espiritualista que despertó en Francia la reacción contra las demasías naturalistas, con el regreso al catolicismo de los antiguos discípulos de Taine y de Zola, como Bourget y Huysmans. Rivas Groot vivió intensamente ese ambiente religioso, y aspiró el efluvio de esa nueva primavera espiritualista que abría sus flores en los terrenos abonados por la pesuña de la bestia humana. "Resurrección", aunque fruto de una inteligencia que había vivido siempre abrazada al dogma religioso, quiso formar parte de ese movimiento de

restauración católica, y el desenlace del relato resume toda la intención de la novela y es cifra del espíritu de esos días, tan fecundos en sacrificios y renunciaciones, y que se hallan marcados en la historia religiosa de Francia por la conversión de grandes literatos y artistas, a los cuales siguieron, inmediatamente, todos aquellos que volvieron a Cristo como consecuencia de la primera conflagración mundial. En esa falange redentora ocupan puesto principal, desde Bourget, Huysmans, Rimbaud y Claudel, que pertenecen al siglo pasado, hasta Maritain y su esposa Raissa, Max Jacob, Jacques Riviere, Charles du Bois, Charles Peguy, Bernanos, Blondel, Fumet, Schwob, Ghéon y el nieto de Renán, Ernest Psichari, a quien solo la muerte en el campo de batalla, durante los primeros meses del año de 1914, impidió vestir la sotana del sacerdote católico.

Al lado de "Resurrección" pero en plano un poco inferior, hay que colocar "El triunfo de la vida", la segunda novela de Rivas Groot que, a decir verdad, parece una continuación de la anterior. Y lo parece por el ambiente, que se repite, por los personajes, que pertenecen al mismo mundo social en que actúan los anteriores y por el estilo, que guarda estrechas analogías con el de "Resurrección", aunque en "El triunfo de la vida" se advierte una mayor sobriedad y un mayor esfuerzo por condensar en breves palabras todo un paisaje. Pero es éste el que predomina, con la circunstancia de que el siempre hermoso y sugestivo paisaje de Italia ha sustituido aquí a los casinos y lagos de Francia. Cada párrafo de esta nueva novela es una obra maestra de evocación y de sugerencias artísticas. Se respira allí el hálito embalsamado del mar, de los bosques de pino, de todos aquellos sitios adorables —islas y playas— a donde se retiraban los emperadores romanos a ver morir el Imperio, cegados por el brillo de las olas donde ya se advertía el choque anticipado de las picas y frámeas que amenazaban las urbes del mármol y los castillos ahogados por los mirtos.

Completan la obra literaria de Rivas Groot un precioso relato llamado Julieta, tributo del autor a su ídolo intelectual de la madurez, y varios cuentos en los cuales persisten y se relievan vigorosamente, las mejores cualidades del estilo y del pensamiento de Rivas Groot. Que esta obra ponga a las nuevas generaciones colombianas en contacto con un literato de primera categoría, que supo juntar en sus escritos los primores de la forma

artística al potente hálito espiritual que henchía su alma creyente y de patriota.

CONSTELACIONES

a) El Hombre

*Amplias constelaciones que fulguráis tan lejos,
mirando hacia la tierra desde la comba altura:
¿Por qué vuestras miradas de pálidos reflejos,
Tan llenas de tristeza, tan llenas de dulzura?*

b) Constelaciones

*¡Oh soñador, escúchanos! ¡Escúchanos, poeta!
Escucha tú, que en noches de obscuridad tranquila
Nos llamas, mientras tiemblan con ansiedad secreta
La súplica en tu labio y el llanto en tu pupila.*

*Escucha tú, poeta, que en noches estrelladas
Cual bajo augusto templo descubres tu cabeza,
Y nos imploras, viendo que están nuestras miradas
Tan llenas de dulzura, tan llenas de tristeza.*

*¿Por qué tan tristes? Oye: nuestro fulgor es triste
Porque ha mirado al hombre. Su mente y nuestra lumbre
Hermanas son. Por siglos de compasión existe
En astros como en almas la misma pesadumbre.*

*Por siglos, hemos visto la Humanidad errante
Luchar, caer, alzarse... y en sus anhelos vanos,
Volver hacia nosotras la vista suplicante,
Tender hacia nosotras las temblorosas manos;*

*Y ansiar en tal desierto, ya lánguida, ya fuerte,
Oasis donde salten aguas de vida eterna;
Ya llega, llama, y sale con su ánfora la Muerte
Brindando el agua muda de su glacial cisterna.*

*Tronos, imperios, razas, vimos trocarse en lodo;
Vimos volar en polvo babélicas ciudades,
Todo lo barre un viento de destrucción, y todo
Es humo, y sueño, y nada... y todo vanidades.*

*Es triste ver la lucha del terrenal proscrito;
Es triste ver el ansia que sin cesar le abrasa;
El ideal anhela, requiere lo infinito,
Crece, combate, agítase, llora, declina y pasa.*

*Es triste ver al hombre, que lumbre y lodo encierra,
Mirarnos desde abajo con infinito anhelo,
Tocada la sandalia con polvo de la tierra,
Tocada la pupila, con resplandor de cielo.*

*Poeta, no nos llames —conduete tu lamento;
Poeta, no nos mires —nos duele tu mirada.
Tus súplicas, poeta, dispérsanse en el viento;
Tus ojos, ¡oh poeta!, se pierden en la nada.*

*Con íntima tristeza miramos conmovidas,
Con íntima dulzura miramos pesarasas,
Nosotras —las eternas— vuestras caducas vidas,
Nosotras —las radiantes— vuestras oscuras fosas.*

c) El Hombre

*¿Todo es olvido y muerte? Pasan gimiendo a solas
El mar con sus oleajes, la tierra con sus hombres;
Y al fin en mudas playas deshácense las olas,
Y al fin en mudo olvido deshácense los nombres?*

*¿Y nada queda? ¿Y nada hacia el eterno sube?
Decid, astros, presentes a todo sufrimiento:
La ola evaporada forma un cendal de nube,
Y el alma agonizante no asciende al firmamento?*

*¡No, estrellas compasivas! Hay eco en todo canto;
Al decaer los pétalos, espárcese el perfume;
Y como incienso humano que abrasa el fuego santo,
Al cielo va el espíritu, si el cuerpo se consume.*

*Vendrá noche de siglos a todo cuanto existe,
Y expirarán, en medio de hielos y amarguras,
Los últimos dos hombres sobre una roca triste,
Las últimas dos olas sobre una playa oscura.*

*Y moriréis, ¡oh estrellas!, en el postrero día...
Mas flotarán espíritus con triunfadoras palmas:
Y alumbrarán entonces la eternidad sombría,
Sobre cenizas de astros, constelaciones de almas.*